



Fot. Garzón.

ANTIGUAS MURALLAS DE CÓRDOBA

Entre las reliquias legadas a la posteridad por la romana y árabe conquista, y semejando ruinas de la famosa Itálica; brotando entre sus muros el musgo, la hiedra y los zarzales, y cercadas, en parte, de gigantescos torreones almenados, conserva Córdoba algunas de sus murallas, obra también de sarracenos y cristianos, y entre ellas revolotean como amantes de la soledad y del silencio las inocentes aveciillas que al amparo de sus ruinas ven el sosiego de sus castos nidos. Y como si la ironía quisiera verter su amarga hiel sobre el poderoso caído, entre aquellas inmensas moles de piedra, testigos de tantas luchas y obra de tantos siglos, aparece el resplandor del décamonono mostrando en sus alambres el imperio del progreso; pero aún sería mayor la ironía, si esas vetustas piedras pudieran decir al que parece humillar su vejez: «Allí están los vestigios de Córdoba; pregunta lo que fué y contempla lo que somos».



Fot. Garzón.

PASEO DEL GRAN CAPITÁN (CÓRDOBA)

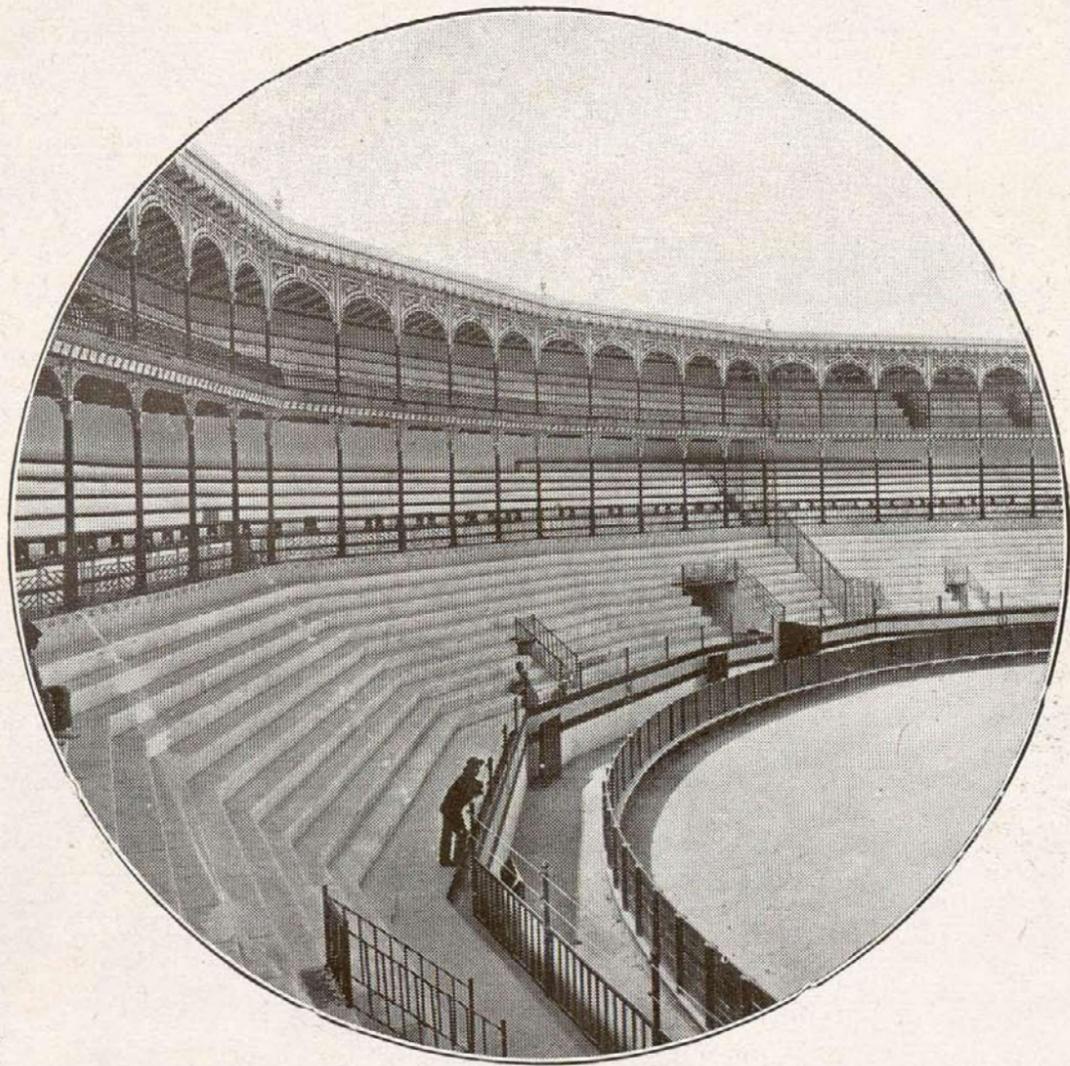
Aparte de muchas plazas, algunas de gran amplitud y adornadas con profusión de arbolado y esplendente jardinería, tiene Córdoba muy lindos alrededores y muy bellos paseos, entre ellos el de la Victoria, Agricultura y el muy magnífico del Gran Capitán, que tan detalladamente nos reproduce el grabado, luciendo la esbeltez de sus palmeras entre álamos y acacias, numerosas farolas, bancos corridos de piedra, kioscos y bares que, como en todas las poblaciones, son sitio de solaz y esparcimiento y puntos de tertulia y de recreo durante las horas que el asueto da libertad al cotidiano trabajo. Las elevadas y pintorescas cumbres de Sierra Morena que se divisan desde algunos de estos paseos, dan color y vida al cuadro con su suave ambiente, por el balsámico aroma de sus montes de esplendorosa vegetación, y el bello término, cuajado de plantas, de flores y naranjales que circundan multitud de casas de campo, donde invernan españoles y existe una gran colonia inglesa.

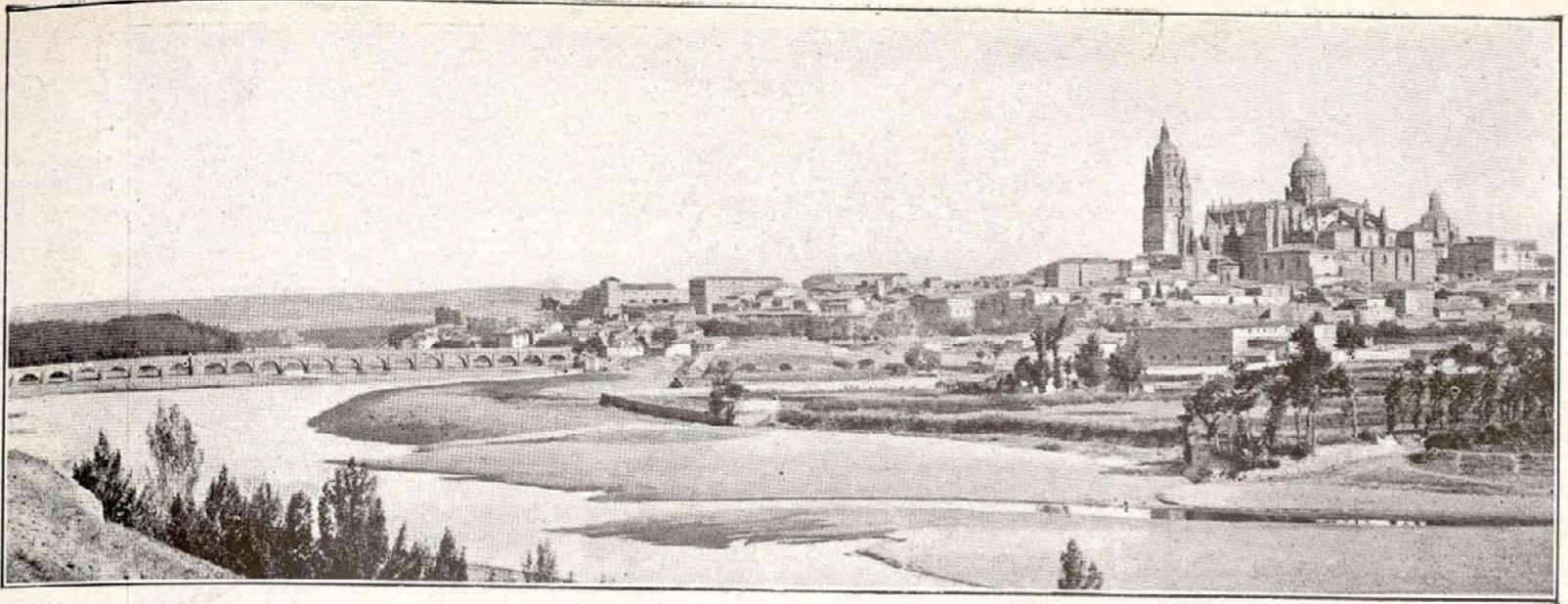


Fot. Garzón.

VISTA GENERAL DE LA RIBERA, PUENTE Y GUADALQUIVIR (CÓRDOBA)

No es de extrañar que fuese Córdoba el pueblo predilecto de cuantos conquistadores vinieron a España: sus campos, su cielo oriental, su emplazamiento bordeando las orillas del Betis, las estribaciones de Sierra Morena, todo, en fin, contribuyó a que romanos y árabes hayan dejado en su suelo cristalizaciones del arte con que la adornaron. Bastara esta sola vista para sentir la impresión de su antigua grandeza: el imponente Guadalquivir, aunque con árida ribera; el castillo; el romano puente; la severa puerta de Sevilla; el ábside de la gran mezquita, y, al fondo, la Sierra... Rememcrando su pasada gloria y olvidándonos un momento del arte, una lágrima furtiva asoma a nuestros ojos, que pretenden ver aquella Córdoba de población inmensa, haciendo mérito de sus joyantes sederías, de sus guadamecés, de sus obras de platería, pletórica de vida, exportando sin reposo a Italia, a Flandes, a las Indias... ¡Córdoba, surge et ambula!





SALAMANCA



De impertinencias califica un historiador contemporáneo las variantes etimológicas aplicadas por algunos críticos a esta ciudad, e impertinentes son ciertas aseveraciones acerca de su fundación. Recojámosla centro intelectual de la monarquía española y emporio de sabiduría, en una época en que no la aventajan las mejores universidades del mundo civilizado, que es lo inquestionable, y no nos metamos en divagaciones que, por otra parte, no permiten ni nuestro limitado campo ni nuestras escasas fuerzas. Sea la antigua Elmántica ciudad de la región vetona, y pasemos

por alto el episodio de las heroicas salmantinas al sitiar la plaza Anibal. En poder de los romanos, fué incluida en la Lusitania, y floreciente parece ser que la hallaron los godos, los cuales respetaron su silla episcopal, de desconocido origen, reduciéndose sus memorias a la presencia de sus obispos en los concilios de Toledo. Entregada sin resistencia al feroz Muza en 712, no tarda Salamanca en ver las tropas agarenas con Abdelacid, destruyendo poblados y campiñas. Alfonso el Católico llevó desde Asturias sus estragos a la ciudad medio siglo después, y en 866 la tomó Ordoño I, llevando sus pendones hasta Coria. Según los escritores árabes, en ella se reunió el gran ejército musulmán que había de quedar exterminado en Simancas por Ramiro II, y sin duda sus sucesores no favorecieron su desarrollo, por cuanto ni en las presas de Almanzor es nombrada esta ciudad, constando únicamente que su hijo Abdelmelic destruyola en 1007, no sonando su nombre para nada hasta que Alfonso VI, ya en Toledo, al extender sus conquistas, hácela renacer, así como a Segovia, Avila y otros pueblos, libertados ya del yugo musulmán; bien que esta obra débese a Raimundo de Borgoña y a su esposa doña Urraca, primogénita de Alfonso, que como delegados suyos ejecutan. Después de esta famosa restauración y repoblación, de elementos bien heterogéneos por cierto, constituyen sus respectivas parroquias, y el conde Raimundo da fueros y prerrogativas al vecindario, comenzando el predominio cristiano a dar brotes con la erección de la catedral de Santa María, otorgando Raimundo y Urraca en 1102 al obispo Jerónimo la supremacía, que confirma Alfonso VI al fallecimiento de su yerno Raimundo. Casada la viuda doña Urraca con Alfonso I de Aragón, las desventuras de aqué-

lla repercuten en la iglesia salmantina, y el nuevo obispo Giraldo, así como muchos vecinos, tuvo que abandonar la ciudad, imperando desde entonces Munio, quien por su violencia fué depuesto en 1130 por el influjo de Gelmírez, eligiéndose al canónigo de Compostela Alonso Pérez. Dedicada por entonces a guerrear con sus enemigos la que más tarde había de ser cuna de las ciencias, luchan independientemente y llegan a las cercanías de Badajoz (1136) donde sufren una tremenda derrota que les inflige Taxfin por no llevar jefe, y como estos descabros se suceden, entérganse en brazos del conde Ponce de Cabrera, y el éxito corona desde entonces sus empresas. Sin embargo, en 1170, celosos de Ciudad Rodrigo, alzáronse contra el rey Fernando II de León, mandados por Nuño Serrano, y fracasaron en Valmuza.

En el reinado de Alfonso IX acontece la creación de la Universidad (1200), el mayor timbre de gloria de Salamanca, calificada por el pontífice como *una de las cuatro lumbreras del mundo*. No goza posteriormente del sosiego que corresponde al saber, con el advenimiento de Sancho el Bravo; conviértese en hervidero de ambiciones, y en 1288 asuelan su territorio el infante don Juan y López de Haro. En 1311 nace en Salamanca Alfonso XI; en 1314 su prelado Lucero con el de Avila préstanse a la disolución del matrimonio de doña Blanca de Borbón con don Pedro el Cruel, bendiciendo de paso el de éste con doña Juana de Castro; pero su sucesor Alonso Barrasa se inclinó resueltamente en favor de Enrique de Trastámara y redujo a la obediencia a la ciudad. Los disturbios de la corte de Castilla encontraron también en Salamanca terreno abonable. De las tres veces que recibió a los Reyes Católicos, la última (1497) fué para recoger el último aliento de su hijo el príncipe don Juan. En la guerra de las Comunidades tomó Salamanca parte muy activa: el clamor de Segovia la arrastró, y expulsó a los nobles y destruyó sus casas, figurando en estas lides Pedro Maldonado y Villoria; después Francisco Maldonado, y conocido es su fin en Villar. Olvidados los agravios, en 1534 Salamanca recibe espléndidamente al emperador Carlos V, y en 1534 celébranse en esta capital las bodas de su hijo Felipe II con María de Portugal. Declina ya el poder de esta ciudad, y cuando en 1600 cifra sus esperanzas en Felipe III, ve trasladar la corte a Valladolid, y esto la desmiembra en gran parte, encargándose veintiséis años después el Tormes de dar al traste con sus viviendas, destruyendo más de quinientas casas. A principios del siglo XVIII muestra su adhesión a Felipe V contra la imposición del archiduque Carlos. En la guerra de la Independencia demuestra su heroísmo; pero sin muros ni defensas apropiadas el valor es nulo, y estuvo a merced, tan pronto de los franceses como de los aliados inglés y portugués, sin distinguir quiénes la saqueaban más y mejor. Consolémonos con sus restos: reliquias de arte son que el latrocinio no vió asequibles, y que hemos de admirar seguidamente.



Fot. Laurent.

MURALLA ANTIGUA DE SALAMANCA

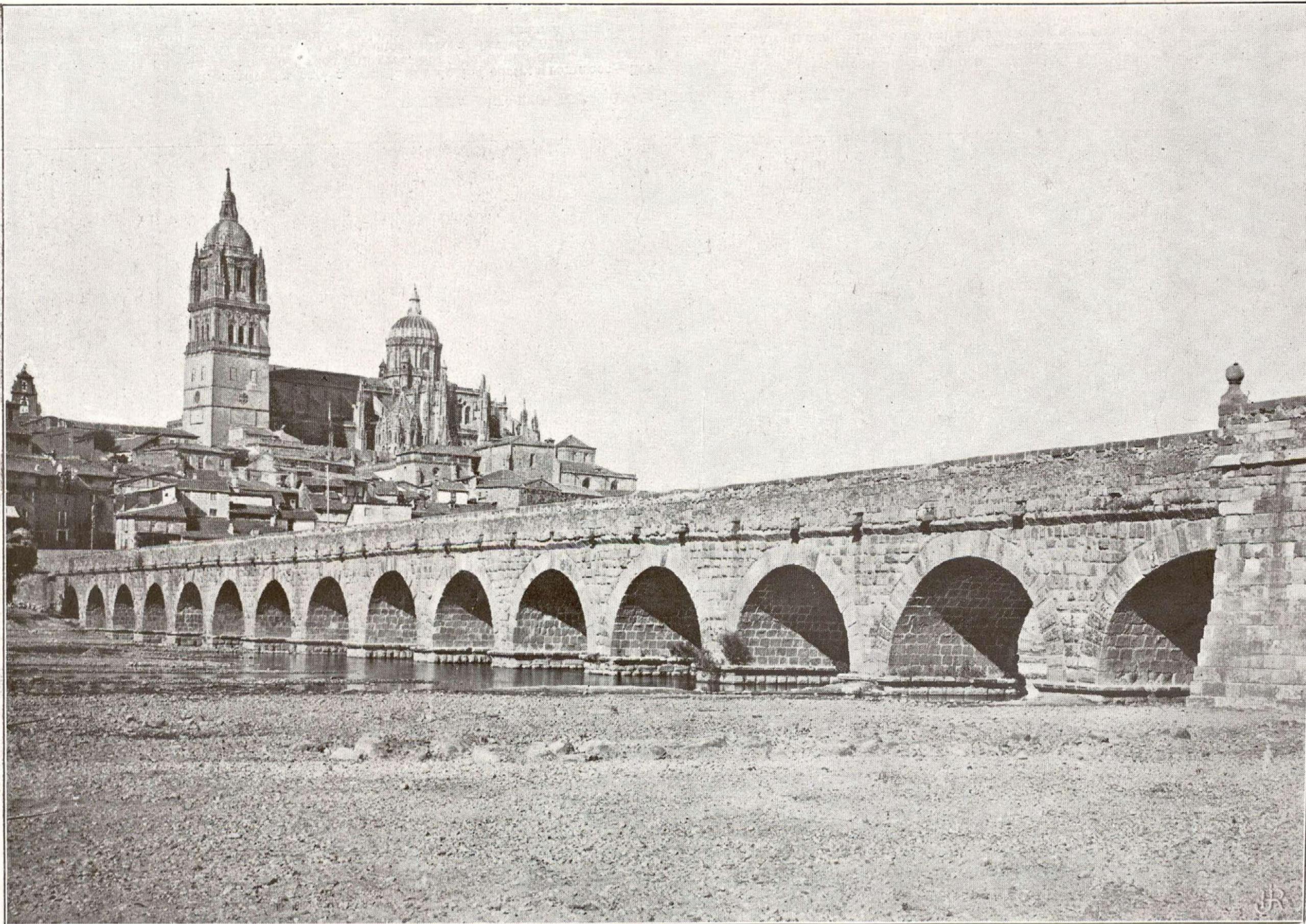
Salamanca estuvo muy bien amurallada en tiempos antiguos, y aún conserva algunos restos, en los que el peso de los años se ha encargado de marcar el sello indeleble de la ancianidad, si bien por su recuerdo histórico, respeto y veneración inspiran. Por la antigua Puerta del Sol, o sea a la entrada de la plazuela de San Isidro, atravesaba también la muralla romana, de la cual se han hallado en 1883 grandes sillares de granito y restos de piedras sepulcrales con vestigios de epitafios. Cuenta la crónica que Alfonso VI, en sus campañas por Extremadura, escogía con preferencia como cuartel general a Salamanca, y queriendo ponerla en estado de defensa, en 1147 acordaron los alcaldes y jurados fabricar primero o rehacer el muro de la ciudad, y luego cercar con otro los arrabales, y con el nombre de *muralla vieja* subsistió aquél mucho tiempo, encerrando el núcleo de la primitiva población desde la orilla del río hasta las parroquias de San Sebastián y San Isidro.



Fot. Laurent.

PUERTA DEL RÍO POR DONDE ENTRÓ ANÍBAL (SALAMANCA)

La planta de la ciudad, cuadrada, casi a semejanza de los *castros* romanos—dice Quadrado—presentaba a cada lado dos o más puertas, no todas hoy subsistentes. A la parte meridional la de San Lorenzo o de los Milagros, hacia la salida de la Alberca; la de San Juan del Alcázar, en los barrancos de las Tenerías, y a continuación la del Ríu, que es la que tenemos a la vista, y por la cual entró el invicto Aníbal cuando puso sitio a Salamanca, aunque no falta historiador que supone que el general cartaginés entró en la ciudad por sorpresa, y no por la fuerza de las armas. A esta puerta de referencia súbese desde el puente por empinada cuesta, y después está la de San Pablo, que mediante un rodeo proporciona más accesible entrada. En las de Santo Tomás y Sancti Spiritus, vese aún la baja ojiva dentro de un arco altísimo, y ya en la cortina del norte, la del Toro y la de Zamora; esta última fué la que los salmantinos decoraron para recibir al emperador Carlos V en 1534.



Fot. Laurent.

PUENTE ROMANO SOBRE EL TORMES (SALAMANCA)

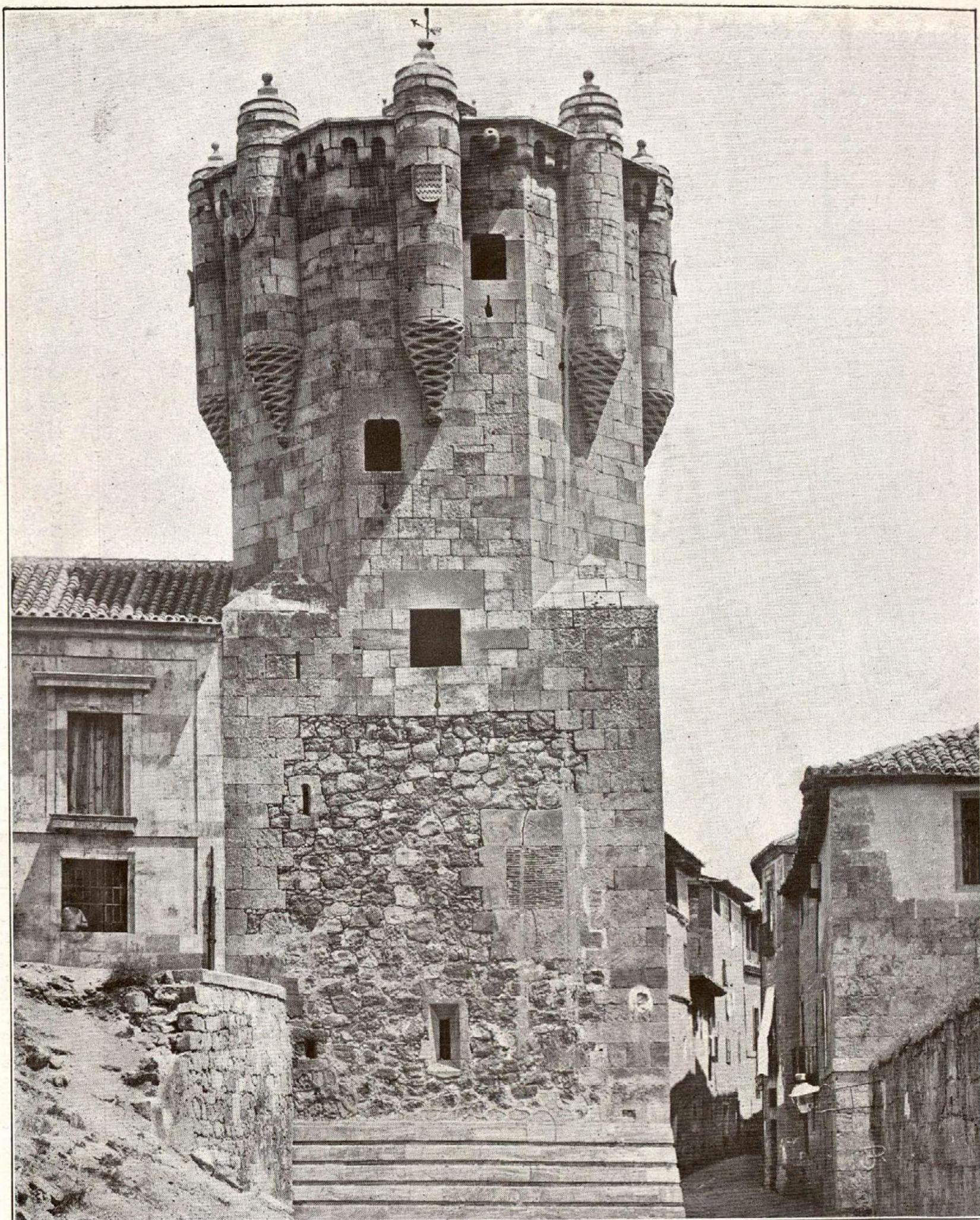
Sobre el río Tormes, cuyas aguas reflejan torres, cúpulas y cimborrios, elevase el puente, de tan romana antigüedad que lo hacen venerable. Tiene de largo 207 metros, y de sus veintiséis arcos, quince son de construcción romana, y los restantes parece que datan de la época de Carlos de Gante. La parte cuya construcción acusa su existencia durante el imperio de los dominadores del mundo, es de almohadilladas dovelas, como el acueducto de Segovia, y probablemente fué creada en los tiempos del gran Trajano, cuyas obras, así como las de Adriano, su sucesor, en el camino de Mérida a Salamanca consignan dos notables inscripciones. Recuérdase también, a la entrada de este puente, el nombrado toro de piedra que dió blasón a Salamanca, el cual existe hoy en el museo, y fué objeto de vulgares consejas y de disertaciones literarias, a semejanza de tantos otros como sembró por aquella región el paganismo.



Fot. Laurent.

CLAUSTRO DE LAS RUINAS DE LA ESCUELA DE LA VEGA (SALAMANCA)

Al contemplar cuadros como éste, parece que el sentido artístico del que los mira siente ansias de rebelión contra el devastador poder de los siglos que, implacable, cercena todo lo bello, todo lo monumental y hermoso, mostrándonos, y no siempre, la descarnada miseria del vencido, con algún vestigio de grandeza, para indicarnos más amarga y descaradamente que no es lo vulgar ni lo débil lo que destruye solamente, sino que su ferocidad alcanza a lo más poderoso y fuerte, a lo más robusto y sano, ni más ni menos que en la humana vida la parca siega la existencia del hombre, sin parar mientes en su valor ni su estirpe, en su robustez o flaqueza, en su soberbia o humildad, haciéndole ser víctima de la eterna ley del fenecer. Este es el aspecto, triste, pero exacto, de las ruinas del claustro del colegio de la Vega, con primorosos restos en los bellos capiteles de sus columnas, muchas de ellas esqueletos ya, como si fueran carcomida madera de una arca antigua.



Fot. Laurent.

TORRE DEL CLAVERO (SALAMANCA)

En dirección NS. está la calle de San Pablo, donde se halla la Casa de las Salinas, hoy Diputación provincial, inmediata a la cual ábrese espaciosa plaza, y en el lado norte hállase la famosa Torre del Clavero, en la parroquia de San Justo, que mandó edificar en 1470 el que lo era de la orden de Alcántara don Francisco de Sotomayor, si bien hemos de hacer constar, que González Dávila atribuye la erección de esta torre al comendador mayor fray Diego de Anaya. Eran los Sotomayores señores de los Baños, y la calle se apellidaba del Consuelo. La torre, por corrupción, denominase del Clavet más comúnmente que del Clavero. Aislada de la demolida casa que defendía, quedó en pie para resguardo de los peligros de la época y sobre su cuadrada base levanta ocho lados rematados en arqueada cornisa, del centro de los cuales, y no en los ángulos, sobresalen ocho garitas con escudos de armas en su frente, y el pie esculpido de troncos entrelazados.



Fot. Laurent.

PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN MARTÍN (SALAMANCA)

Hasta cuarenta y seis parroquias tuvo Salamanca, sin contar la de San Facundo que aunque olvidada por la tradición, es nombrada en el antiguo fuero contemporáneo de Fernando II. Entre las hoy subsistentes, hállase la iglesia parroquial de San Martín, y como en el grabado que sigue damos la portada correspondiente, con los detalles históricos oportunos, nos concretaremos a indicar que esta fachada opuesta es de un gusto delicado, propio de las construcciones de Alonso Berruguete, con columnas pareadas, estriadas, en los dos cuerpos de que consta, viéndose en las enjutas del arco del primer cuerpo de referencia, medallas con bustos de santos, y delicados adornos, ocupando el centro del segundo, san Martín, a caballo, partiendo su capa con un soldado, y encima el Creador del mundo, gráficamente representado en un relieve de no escaso mérito artístico.